

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ↔ BARCELONA, diciembre de 1894 ↔ NÚMERO 10

— Con el presente número se entregará el cuaderno 10 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



UNA NOCHE EN EL BOSQUE:

La infame se horrorizó de tal manera al ver á Fathom, que, arrodillándose, invocó la protección
de todos los santos

SUMARIO

Una noche en el bosque.—El ave que habla, el árbol que canta y el agua amarilla (*continuación*).—El caballo blanco (*continuación*).—Variedades.

UNA NOCHE EN EL BOSQUE

POR TOMÁS SMOLLET

Salió del pueblo aquella misma tarde, acompañado de un guía, y muy pronto le sorprendió la noche en medio de un bosque, lejos de toda vivienda humana. Las tinieblas, el silencio y la soledad del sitio, las confusas sombras de los árboles, cuyas ramas se extendían como largos brazos descarnados, los misteriosos rumores de la noche, todo, en fin, comparábase con el abatimiento del ánimo para perturbar su imaginación, haciéndole ver fantasmas.

Aunque no era naturalmente supersticioso, comenzó á sentirse poseído de un vago terror, que gradualmente prevaleció sobre todos los consuelos de la razón y la filosofía. Hasta acoñóle el temor de ser asesinado.

Para disipar tan lúgubres reflexiones, entabló conversación con su guía, quien le refirió la historia de varios viajeros á quienes los bandidos habían robado y muerto en los parajes más solitarios de aquel mismo bosque.

En medio de la narración, que no era la más propia para reanimar á nuestro héroe, el guía dió una excusa para quedarse detrás, mientras que el viajero continuó la marcha, esperando que el otro se reuniera con él á los pocos momentos; pero sus esperanzas quedaron defraudadas. El rumor producido por los cascos del caballo del guía debilitábase de cada vez más por la distancia, y, al fin, dejó de oírse.

Entonces Fathom, que así se llamaba el viajero, detúvose en medio del camino y escuchó con inquieta atención; pero no pudo percibir más que el susurro del follaje de los árboles, que parecía anunciar una próxima tempestad. El cielo tomó un color plomizo; los relámpagos comenzaron á menudear, iluminando fugazmente las profundidades del bosque; á lo lejos resonó el fragor del trueno, y la tempestad dejó oír su voz imponente, desencadenándose poco después con inusitada furia.

En aquel apuro, la fortaleza de nuestro héroe se debilitó; y, á decir verdad semejantes condiciones de peligro, sin esperanzas de inmediato socorro, hubieran infundido pavor al más intrépido. Imagínese, pues, qué impresión produciría esto en el ánimo de Fernando Fathom, que no era, en modo alguno, hombre de reconocido valor.

Muy pronto cambió el curso de sus reflexiones, porque el viajero se vió empapado en agua antes de que se le ocurriera separarse del camino y buscar refugio en alguna de las espesuras que le rodeaban. Después de recorrer cierta distancia por el bosque, colocóse bajo el ramaje de un corpulento árbol, cuyo follaje era muy espeso, y en aquella situación consultó consigo mismo sobre el partido que debería to-

mar. Estaba convencido de que su guía le había abandonado para ir á comunicar á alguna cuadrilla de ladrones, de la cual sería cómplice, que en el bosque había un viajero, y, en tal caso, sería presa de los bandidos irremediablemente, á menos de que le fuera dado eludir su encuentro, haciéndoles perder la pista.

Acosado por esta inquietud, resolvió exponerse del todo á la furia de la tempestad, eligiendo así de dos males el menor y seguir adelante hasta que le fuera dado salir del bosque. Con este objeto, hizo volver grupas á su caballo para seguir una línea contraria á la del camino real, del que se había separado, en la creencia de que los ladrones le perseguirían por allí, sin imaginar que se atreviesen á dejarle para internarse en un bosque desconocido en medio de la oscuridad de la noche.

Después de cruzar por una serie de arboladas, espesuras y claros, desgarrándose las ropas entre los espinos, cuyos agujones penetraban alguna vez hasta sus carnes, llegó á un espacioso llano, y, prosiguiendo su marcha con la esperanza de encontrar cualquier pueblecillo, donde pudiera librarse de una muerte segura, le pareció divisar á lo lejos una débil luz, que consideró como una estrella salvadora. Puso su caballo al galope en dirección á ella, y no tardó en llegar á la puerta de una cabaña, donde le recibió una anciana, la cual, comprendiendo que se trataba de un viajero extraviado, dispensóle la más cordial hospitalidad.

Cuando supo por boca de aquella mujer que no había otra casa en tres leguas á la redonda, y que se le proporcionaría una cama regular y pienso para su caballo, dió gracias al cielo y resolvióse á pasar la noche bajo la protección de aquella mujer, quien le manifestó que su esposo era leñador, que había ido á la ciudad para vender su mercancía y que era probable que no regresara hasta la mañana siguiente á causa de la tempestad.

Fernando sondeó á la mujer con mil preguntas artificiosas; pero contestó con tal apariencia de verdad y sencillez, que el viajero dedujo que su persona estaba del todo segura, por lo cual, después de haberse regalado con un par de huevos fritos y tocino, rogó á la patrona le condujese al aposento que se le destinaba para descansar.

La mujer le hizo subir por una escalera muy gastada á una habitación donde había un catre y algunos haces de paja. Fathom quedó, al parecer, muy complacido del alojamiento, mejor del que él esperaba; y la buena mujer, después de prevenirle que no acercase la luz á los combustibles, retiróse al punto, cerrando la puerta por fuera.

Fathom, cuya experiencia le había enseñado á sospechar de todo y estar siempre en guardia contra la malevolencia de su prójimo, no vió con buenos ojos que se le encerrase en aquel cuarto, y muy pronto asaltáronle extraños presentimientos al observar que la puerta no tenía cerrojo por dentro para impedir toda intrusión. En su consecuencia, propúsose hacer un detenido examen de todos los objetos de aquel apo-

sento; y, al practicar su exploración, encontró, con indescible asombro y espanto, el cadáver de un hombre, caliente aún, que, sin duda, había sido asesinado hacía poco, ocultándosele después debajo de algunos de los haces de paja.

Semejante hallazgo horrorizó, naturalmente, á nuestro héroe, pues dedujo que él estaba, sin duda, destinado á sufrir la misma suerte antes de la mañana, si no se hacía algún milagro en su favor.

Bajo la primera impresión de su espanto, corrió á la ventana para ver si podía escapar por allí; pero vió que lo impedían varios barrotes de hierro muy sólidos. Entonces su corazón comenzó á latir violentamente; erizósele el cabello, en fuerza del terror; sus rodillas flaquearon; solamente pensó ya en su última hora, y sufrió una especie de paroxismo que casi le privó del conocimiento. Sin embargo, momentos después parecióle que se operaba en su ánimo como una fermentación, despertando en él cierta energía semejante á la que infunden el aguardiente y otros licores fuertes. Despues, por un impulso que parecía sobrenatural, pensó en adoptar al punto medidas para salvarse.

Lo que en otra ocasión menos crítica no le hubiera ocurrido, seguramente, ejecutólo ahora sin escrupulo ni remordimiento. Desnudó el cadáver, que estaba desangrándose aún entre la paja, llevóle en sus brazos al lecho, le colocó en la posición de una persona que duerme tranquilamente, y, apagando en seguida la luz, fué á echarse en el sitio donde el muerto se hallaba. Una vez allí, cogió sus pistolas, una en cada mano, y esperó el desenlace con ese valor que con frecuencia infunden la desesperación y el peligro.

A eso de la media noche oyó el rumor de pasos como de una persona que subiese por la escalera; la puerta se abrió silenciosamente, y Fathom pudo ver la sombra de dos hombres que se adelantaban hacia la cama. Uno de ellos descubrió una linterna, dirigiendo los rayos de la luz hacia el supuesto durmiente, y el otro hundió la hoja de un cuchillo en el corazón del muerto. La fuerza del golpe ejerció cierta compresión en el pecho, y de la tráquea del difunto escapóse una especie de gemido. El asesino clavó por segunda vez su arma, sin que se reprodujese la nota, y entonces los dos bandidos, deduciendo que no quedaba más que hacer, retiráronse, sin duda con el propósito de despojar al difunto sosegadamente.

Jamás había experimentado nuestro héroe tan horrible angustia como la que sufrió durante la operación; todo su cuerpo estaba inundado de un sudor frío, y parecía tener paralizados los nervios, por lo cual permaneció en una inmovilidad que probablemente contribuyó á salvarle; pues si hubiese conservado el pleno uso de sus sentidos, tal vez los transportes de su espanto le hubieran descubierto.

Lo primero que hizo, al reponerse un poco, fué observar que los asesinos habían dejado la puerta entornada; y se hubiera aprovechado al punto de este descuido saliendo para atacar

á los infames á riesgo de su vida, si no hubiese oido una conversación en el aposento de abajo, la cual le hizo saber que los asesinos iban á salir de nuevo en busca de otra presa.

Efectivamente: después de dar severas instrucciones á la mujer para que tuviese la habitación cerrada durante su ausencia, los asesinos se marcharon, y entonces Fathom resolvió obrar sin perder más tiempo. Cuando supuso que aquellos infames estarían á suficiente distancia de la casa, salió de su escondite, adelantóse silencioso hacia el lecho y registró los bolsillos del muerto. En éstos encontró una bolsa bien provista de ducados, un reloj de plata y una sortija de diamantes: apropióselo todo sin escrupulo, y, bajando la escalera silenciosamente, entró en la habitación, e irguióse delante de la mujer antes de que ésta echase de ver su aproximación.

Acostumbrada á traficar con sangre, aquella infame bruja se sintió poseída de tanto terror como asombro al ver á Fathom, creyendo que era el fantasma de su huésped. Arrodillóse, invocando la protección de todos los santos, e hizo la señal de la eruz con tanta devoción como si mereciera la protección del cielo. Su ansiedad creció de punto al comprender que se engañaba en sus suposiciones y que no era un fantasma lo que veía, sino á su segundo huésped en carne y hueso.

Fathom, sin perder tiempo en recriminaciones, ordenó á la mujer, bajo pena de muerte inmediata, que fuese á buscar su aballo. Montó sin dilación, después de haber colocado á la mujer en la silla, y confióle las riendas, advirtiéndola con tono perentorio que la única probabilidad para salvar su vida estaba en conducirle sano y salvo á la ciudad próxima. También la previno que, apenas notase la menor señal sospechosa, sería muerta en el acto.

Estas palabras produjeron su efecto en la infame mujer, que, después de muchas súplicas para obtener su perdón, prometió al viajero conducirle con seguridad á cierto pueblo situado á dos leguas, donde podría alojarse sin temor y obtener otro caballo ó un vehículo para continuar su marcha.

Bajo estas condiciones, Fathom dijo á la mujer que podría esperar su clemencia, y poco después el caballo emprendió el trote. La mujer, brida en mano, iba delante, en la silla; y nuestro aventurero montó á la grupa con una pistola preparada, dispuesto á destrozar el cráneo á su compañera apenas notase la menor señal sospechosa.

De este modo cruzaron parte del mismo bosque en que el guía de Fathom le abandonara, y ya se comprenderá que no fueron sus reflexiones muy agradables mientras estuvo en aquellos laberintos de sombras, que consideraba como las guardias de los asesinos.

El temor común era una impresión consoladora, comparada con la que experimentó antes en su viaje.

Los primeros pasos que había dado para preservar su vida fueron efectos de mero instinto, mientras que sus facultades estaban

coartadas por la desesperación; mas ahora, al reflexionar más detenidamente, asaltáronle inquietudes. Cada susurro del viento a través del ramaje de los árboles parecía la ronca amenaza de un asesino; las hojas se le figuraban puñales, y cada sombra la presencia de un bandido sediento de sangre. Todo esto atormentaba más que el golpe de un puñal, y cada vez que sentía algún sobresalto profería mil imprecaciones, repitiendo a la mujer que su salvación dependía de la de él mismo.

La naturaleza humana no podía sufrir largo

dió a la primera súplica de su prisionera, y dejóla marchar cuando estuvo a corta distancia del pueblo, no sin exhortarla severamente a renunciar su complicidad en el crimen, entregando a sus asociados a la justicia, para disminuir en parte su tanto de culpa.

La mujer no dejó de asegurar que así lo haría, dando gracias de rodillas por el favor que se la dispensaba; pero después volvió a su vivienda con la firme intención de avisar a sus compañeros para que fuesen al pueblo a dar muerte a nuestro héroe, quien, desconfiando



UNA NOCHE EN EL BOSQUE: Uno de los hombres hundió su puñal en el corazón del supuesto durmiente

tiempo tan complicado terror; pero el caballo salió, por fin, del bosque, y Fathom tuvo la satisfacción de ver a lo lejos un lugar habitado. Entonces comenzó a discutir consigo mismo sobre si debería hacer pública su aventura, dando a conocer su hazaña, o si sería mejor dejar en libertad a la mujer y a sus cómplices, entregados al remordimiento de sus conciencias, continuando su viaje a París en tranquila posesión del botín obtenido.

Al fin, optó por lo segundo, recordando que, en el curso de su información, la historia del desconocido asesinado podía excitar sospechas a la justicia, y, en este caso, los efectos cogidos al difunto se reclamarían para darlos a quien correspondiese.

Fathom no pudo resistir a este argumento, previendo que sería despojado de lo que había adquirido, y consideráballo como la recompensa de su valor y sagacidad. Tal vez inviese también motivos de conciencia que le disuadieron de presentarse como testigo contra una gente cuyos principios no diferían mucho de los suyos propios.

Bajo la fuerza de estas consideraciones, ce-

del aparente arrepentimiento de aquella mujer, solamente se detuvo lo necesario para buscar un guía que le condujese a otro punto.

EL AVE QUE HABLA, EL ÁRBOL QUE CANTA Y EL AGUA AMARILLA

(Continuación)

El ave enseñó a la princesa el sitio, que estaba allí cerca, y la viajera fué a llenar de líquido un frasco de plata que había guardado con este objeto. Después fué en busca del ave y le dijo:

—No tengo bastante con esto: necesito ver también el árbol que canta, y es preciso que me digas dónde está.

—A pocos pasos de aquí,—contestó el ave,—á tu espalda, verás un bosque, y allí hallarás el árbol.

La princesa fué al sitio, y por el armonioso concierto que oyó pudo reconocer el árbol entre otros muchos; pero era muy corpulento y

alto, y, ante esta dificultad, la princesa juzgó necesario pedir consejo al ave.

—Ya encontré,—dijo el ave,—el árbol que canta; mas no puedo arrastrarle por las raíces, ni mucho menos llevármelo.

—No es necesario eso,—repuso el ave;—bastará que arranquéis una rama para plantarla en vuestro jardín; allí se arraigará apenas to-

—No negaré eso,—contestó el ave;—y, aunque lo que ahora me pedís es más difícil que todo lo demás, quiero complacerlos. Dirigid una mirada á vuestro alrededor y decidme si veis por ahí un cántaro pequeño.

—Sí,—dijo la princesa, después de haber mirado detenidamente.

—Pues tomadlo, y al bajar por la montaña



EL AVE QUE HABLA, ETC.: La princesa reconoció á sus hermanos

que la tierra, y en poco tiempo será tan hermoso como el que acabáis de ver.

Cuando la princesa hubo tomado posesión de los tres objetos de que la religiosa le había hablado, y por los cuales concibiera tan vivos deseos, habló otra vez al ave.

—Lo que has hecho,—dijo,—no es suficiente aún. Tú has sido la causa de la muerte de mis dos queridos hermanos, los cuales deben estar entre las piedras negras que yo ví al escalar la montaña: yo quisiera llevármelos á mi casa.

El ave no pareció dispuesta á complacer á la princesa en este punto, y opuso algunas dificultades.

—Ave querida,—dijo la princesa,—recuerda que me dijiste que eras mi esclava; como tal te considero, y, por lo tanto, tu vida está en mis manos.

echad un poco del agua que contiene sobre todas las piedras negras.

La princesa cogió el cántaro, la jaula con el ave, el frasco lleno de agua amarilla y la rama del árbol que cantaba, y al bajar por la montaña echó un poco del líquido en cada piedra negra, que al punto se transformó en un hombre; y como no omitió ninguna piedra, todos los caballos, así de sus hermanos como de los demás caballeros, recobraron su forma natural, lo mismo que los jinetes.

Entonces la princesa reconoció á Bahmán y á Perviz, que corrieron hacia ella para abrazarla.

—¿Qué hacéis aquí, hermanos míos?—exclamó la princesa.

Los dos contestaron que habían estado durmiendo.

—Sí,—repuso la hermana;—y si no fuera por

mí, podríais haber dormido hasta el día del Juicio. ¿No recordáis que vinisteis á buscar el ave que habla, el árbol que canta y el agua amarilla? Y ¿no visteis, al subir por la montaña, muchas piedras negras por todas partes? Mirad ahora y no divisaréis ninguna. Los caballeros que nos rodean, vosotros y los caballeros, erais esas piedras; y si deseáis saber cómo se ha efectuado esa maravilla,—añadió la princesa mostrando el cántaro y dejándolo al pie de la montaña,—os diré que fué por virtud del agua que contenía, con la cual he rociado cada piedra. Después de apoderarme del ave que habla, y que ahora llevo en su jaula, supe por ella dónde buscar el famoso árbol, una de cuyas ramas veis en mi mano, y el agua amarilla contenida en este frasco de plata. Obtenido esto, obligué al ave á proporcionarme los medios para conseguirlo todo. Me comunicó el secreto del cántaro, y ya veis el uso que acabo de hacer.

Los príncipes Bahmán y Perviz reconocieron entonces hasta qué punto debían estar agradecidos á su hermana, así como todos los demás caballeros que allí estaban reunidos; y éstos manifestaron que, lejos de enviar la dicha de haber conquistado los objetos que ellos codiciaban, reconocían el favor que acababan de recibir, recobrando la vida, por lo cual estaban dispuestos á declararse sus esclavos y á obedecerla en cuanto quisiera ordenarles.

—Caballeros,—replicó la princesa;—si os hubieseis fijado en mis palabras, habréis podido comprender que yo no tenía más intención que recobrar mis hermanos; y, en su consecuencia, si habéis recibido algún beneficio, nada me debéis á mí; pero agradezco vuestra cortesía y os doy por ella gracias. En cuanto á lo demás, cada cual de vosotros es ahora tan libre como lo era antes de quedar convertido en piedra y me regocijo de que hayáis vuelto á vuestro ser natural. De todos modos, como nada tenemos ya que hacer aquí, monte cada cual sobre su caballo y vuelva á su casa.

Pronunciadas estas palabras, la princesa dió el ejemplo, cogiendo de la brida su montura, que estaba en el mismo sitio; pero antes de montar, el príncipe Bahmán quiso encargarse de llevar la jaula.

—Hermano,—replicó la princesa,—el ave es mi esclava, y yo mismo la llevaré. Siquieres coger tú la rama del Árbol que canta, ahí la tienes.

Cuando la princesa estuvo á caballo, volvióse hacia su hermano el príncipe de Perviz y le dijo:

—Te confío el frasco que contiene el agua amarilla, si no te molesta llevarlo.

El príncipe de Perviz tomó el frasquito y lo guardó.

Cuando los dos príncipes y los demás caballeros estuvieron á caballo, la princesa invitó á los caballeros á pasar delante por deferencia; pero ninguno quiso admitirlo y empeñáronse en que aceptara el puesto de honor.

—Caballeros,—dijo la dama;—me complacería que me dejaseis á retaguardia.

—Señora,—contestó uno de ellos,—conocemos el respeto que se debe al bello sexo, y, después de lo que habéis hecho por nosotros, no hay deferencia que no estemos dispuestos á manifestaros; mas, á pesar de vuestra modestia, no sería justo privarnos del placer de seguirlas como escolta.

—Señores,—repuso la princesa,—aceptaré; pero no reconozco semejante honor.

Así diciendo, se puso á la cabeza del grupo de caballeros, y emprendióse la marcha.

La comitiva pasó por delante de la choza donde estaba el derviche, para darle gracias por su buena acogida y sus buenos consejos; pero el anciano había muerto, quizás por efecto de su avanzada edad, porque ya no era necesario para mostrar el camino á los que iban en busca de las tres maravillas que la princesa Periezadeh había obtenido. Prosigióse la marcha; pero el número de individuos disminuía diariamente. Los caballeros, que habían llegado de diversos países, despidiéronse uno tras otro, según se aproximaba al camino por donde debían regresar á sus casas.

Apenas la princesa hubo llegado á su palacio, colocó la jaula en el jardín; y cuando el ave comenzó á trinar rodeóronla muy pronto ruiseñores, jilgueros, pinzones, pardillos y toda especie de aves del país.

En cuanto á la rama del árbol que cantaba, tan pronto como se hubo plantado arraigóse, y no tardó en ser un hermoso árbol, cuyas hojas producían tan armonioso concierto como las del árbol principal. Después se construyó una magnífica fuente de mármol en medio del jardín, y, una vez terminada, la princesa vertió en el pilón toda el agua amarilla del frasco, la cual aumentó de tal manera, que muy pronto se llenó aquél hasta los bordes, formando en el centro un chorro de 20 pies de altura, que volvía á caer de continuo en el pilón, sin que el agua se saliese nunca.

La existencia de estas maravillas no tardó en saberse por todas partes; y como las puertas de la casa y de los jardines no se cerraban para nadie, mucha gente acudió para admirar aquellas rarezas.

Algunos días después, los príncipes de Bahmán y de Perviz, repuestos ya de las fatigas de su viaje, adoptaron otra vez su antiguo género de vida; y como su principal diversión era la caza, montaron sobre sus caballos, y por primera vez, desde su vuelta, fueron, no á su propio parque, sino á dos ó tres leguas más allá. Cuando más entretenidos estaban, el emperador de Persia se dirigía al mismo terreno, en persecución de un venado; y al reconocerlo así los dos príncipes, por el número de jinetes que acompañaban al monarca, resolvieron retirarse; pero como tomaran el mismo camino por donde llegaba el soberano, y era muy estrecho, no podían menos de encontrarse con él, ni les era posible retirarse sin ser vistos.

En su sorpresa, no les quedó tiempo más que para apearse para saludar al monarca, bajando la cabeza. Este último, al observar que iban tan bien montados y vestidos como si fuesen de

la corte, quiso verles bien la cara: detúvose y les habló. Los príncipes contestaron cortésmente, con tanta gracia como respeto; y el emperador, al ver su apuesta y noble ademán, preguntóles quiénes eran y dónde vivían.

—Señor,—contestó el príncipe Bahmán,— somos hijos de vuestro último intendente, y habitamos en una casa que él mandó edificar poco antes de su muerte, para que viviésemos en ella hasta que pudiéramos servir á Vuestra Majestad solicitando algún destino cuando se presentase ocasión.

—Por lo que veo,—repuso el emperador,— sois aficionados á la caza.

—Señor,—replicó el príncipe Bahmán,— es nuestro ejercicio más común, y creemos que ninguno de los súbditos de Vuestra Majestad que tenga la intención de servir en vuestros ejércitos debe descuidarse, según la antigua costumbre en el reino.

Halagado el emperador por tan oportuna respuesta, manifestó una marcada simpatía á los dos hermanos.

—Me alegraría,—dijo,—ver vuestra destreza en la caza, y ésta será la ocasión más propicia para ello.

Los príncipes, montando en sus caballos, siguieron al emperador; y apenas hubieron recorrido una corta distancia, divisaron algunas fieras juntas. El príncipe Bahmán eligió un león, y el príncipe Perviz un oso, y persiguieron á los dos animales con tal intrepidez, que el monarca quedó sorprendido. Los dos alcanzaron la caza casi al mismo tiempo, é hicieron uso de sus jabalinas con tal destreza, que atravesaron el uno al león, y el otro al oso; de manera que el emperador pudo ver como las fieras caían una tras otra.

Poco después, el príncipe Bahmán persiguió otro oso, y el príncipe Perviz otro león, mostrándose dispuestos á continuar su caza; mas el emperador no quiso permitirlo y envió á buscar á los dos hermanos.

—Si yo os dejase,—dijoles cuando estuvieron en su presencia,—seríais capaces de no dejar un solo animal vivo en el bosque: esto no me importaría mucho; pero deseo preservar vuestras personas, porque estoy seguro de que vuestro valor puede serme útil un día ú otro, y, en su consecuencia, desde hoy mismo vuestras vidas serán caras para mí.

En resumen: el emperador experimentó tal simpatía por los príncipes, que los invitó á ir á palacio para visitarle; pero el príncipe Bahmán replicó:

—Vuestra Majestad nos dispensa un honor que no merecemos, y suplicamos que nos dispensen.

El emperador, sin comprender qué razón podrían tener los príncipes para rehusar semejante honor, instóles para que dijesen por qué se excusaban.

—Señor,—contestó el príncipe Bahmán,— tenemos una hermana más joven que nosotros, con la que vivimos en la más perfecta unión, tanto, que no hacemos nada sin consultarla, y ella procede igualmente con nosotros.

—Aplaudo vuestro cariño fraternal,—contestó el emperador,—consultad á vuestra hermana, y nos encontraremos mañana aquí mismo, para que me deis vuestra contestación.

Los príncipes volvieron á su casa, pero olvidáronse de dar cuenta de su aventura con el soberano, sin hacer mención tampoco del honor que les había hecho invitándoles á ir á palacio con él; pero á la mañana siguiente no dejaron de ir al punto señado.

—Y bien,—dijo el emperador,—¿habéis hablado ya á vuestra hermana? ¿Ha consentido en que vengáis á visitarme?

Los dos príncipes se miraron y sonrojáronse.

—Señor,—contestó el primogénito.—rogamos á Vuestra Majestad que nos dispense, porque tanto mi hermano como yo nos hemos olvidado.

—Pues recordadlo hoy,—repuso el soberano,—y traedme la contestación mañana.

Los príncipes incurrieron en la misma falta segunda vez, y el emperador fué tan bueno, que perdonó su descuido; mas, para evitar que sucediese tercera vez, sacó tres bolitas de oro de una bolsa y púsolas sobre el pecho del príncipe Bahmán.

—Estas bolas,—dijo,—sonriendo afablemente,—impedirán que olvidéis lo que yo deseo que hagáis en mi obsequio, puesto que, al ruido que harán al caer en el suelo al desnudaros, os recordarán mi encargo.

Sucedió tal como había dicho el emperador, y sin aquellas bolas los príncipes olvidado hablar á su hermana del asunto; pero cuando el príncipe Bahmán comenzó á desnudarse á la hora de entregarse al reposo, las bolitas cayeron, y el hermano primogénito corrió en busca del príncipe Perviz para ir con él á la habitación de su hermana. Excusáronse de llegar á una hora tan imprevista, y refirió las circunstancias de su encuentro con el emperador.

La princesa quedó algo sorprendida al oírles hablar de aquella aventura.

—Vuestro encuentro con el monarca,—contestó,—es feliz y honroso, y puede ser muy útil; mas, por de pronto, me parece desagradable é insírame desconfianza. Bien veo que por mí rehusasteis la invitación del emperador, y os lo agradezco mucho, porque me dais una prueba de vuestro cariño y respeto, puesto que preferís estar mal con el monarca antes que faltar á la unión fraternal que nos hemos jurado. Habéis obrado bien; pues si hubieseis ido á palacio, poco á poco os veríais obligados á servir al monarca, abandonándome á mí. Sin embargo, no es nada fácil rehusar la invitación del emperador cuando tanto parece desear que vayáis á verle, porque los monarcas quieren que se les obedezca, y puede ser peligroso oponerse á sus deseos. En su consecuencia, si yo siguiera mi inclinación y tratase de disuadiros, os expondría al resentimiento del soberano, y tal vez caería sobre vosotros la desgracia. Tal es mi modo de pensar; pero antes de resolver cosa alguna, consultemos al

ave que habla para saber su opinión, puesto que me ha prometido su auxilio en todas mis dificultades.

La princesa envió á buscar la jaula, y, después de referir al ave detalladamente lo que ocurría, en presencia de los dos hermanos, preguntó qué se podría hacer en aquel caso.

—Vuestros hermanos,—contestó el ave,—deben conformarse con la voluntad del emperador é invitarle, á su vez, á venir á ver vuestra casa.

—Pero advierte, querida ave,—replicó la princesa,—que mis hermanos y yo nos amamos tiernamente, y que nadie ha interrumpido hasta ahora nuestra amistad. ¿No la comprometería semejante paso?

—Nada de eso,—contestó el ave;—más bien tenderá á consolidarla.

—Pero, entonces, el emperador me verá.

—Esto es necesario; pero todo será mejor después.

A la mañana siguiente, los príncipes encontraron en la caza al emperador, quien, apenas estuvo á distancia suficiente para que pudieran oírle, preguntó á los jóvenes si se habían acordado de consultar á su hermana.

—Señor,—contestó el príncipe Bahmán,—Vuestra Majestad puede disponer de nosotros como guste: estamos dispuestos á obedecer, y no solamente hemos obtenido el consentimiento de nuestra hermana, sino que ha sentido que tuviésemos con ella la menor deferencia, tratándose de un deber para con Vuestra Majestad. Pero si os hemos ofendido, esperamos que se nos perdone.

—No hablemos de eso,—replicó el monarca,—pues yo aplaudo vuestra conducta y confío en que tendréis para mí la misma deferencia y afecto si me hago digno de vuestra amistad.

Los príncipes, confundidos por la bondad del emperador, limitáronse á contestar con una profunda reverencia para manifestar su respeto.

Contrariamente á su costumbre, el monarca no cazó mucho aquel día, pues, presumiendo que los príncipes tenían tanto talento como valor, deseaba impaciente conversar con ellos en libertad, y quiso que uno de ellos se pusiese á su derecha y el otro á la izquierda, honor que, sin hablar de los principales cortesanos que le acompañaban, fué envidiado por el gran visir, á quien mortificó mucho esta preferencia.

Cuando el emperador entró en su capital, las miradas del pueblo, que esperaba apiñado en las calles, fijáronse en los dos príncipes, y manifestó el más vivo deseo por saber si eran extranjeros ó naturales, pero deseando que fueran útiles al emperador.

La primera cosa que el monarca hizo al llegar á su palacio fué conducir á los príncipes á las principales habitaciones, que aquéllos eligieron sin afectación, como inteligentes en tales materias, reconociendo la belleza y sime-

tria de los salones y la riqueza de los adornos. Después de haberse servido una suculenta comida, el emperador quiso que los príncipes tomaran asiento á su lado, y, aunque rehusaron al principio semejante honor, les fué forzoso obedecer, al fin.

El monarca, muy instruido, particularmente en historia, previó que los príncipes, á causa de su modestia y respeto, no se tomarían la libertad de comenzar ninguna conversación; y, para darles una oportunidad, habló de varios asuntos. En todos los que trató, sus invitados dieron tal prueba de talento y buen juicio, que el monarca quedó verdaderamente admirado.

—Si fueran mis propios hijos,—murmuró,—y yo mismo los hubiera educado, no habrían podido tener más talento y profunda instrucción.

Y tanto le complacía oírles hablar, que, después de haber conversado más de lo que él acostumbraba, condújolos á su propio gabinete para estar algún tiempo más en su compañía.

—Jamás supuse,—dijoles,—que hubiera entre mis súbditos, en este país, jóvenes tan bien educados é instruidos como vosotros, y nunca he conversado con tanto gusto como hoy; pero bueno será recrearnos un poco; y como nada hay, en mi concepto, más agradable que la música, quiero que oigáis un concierto vocal é instrumental.

(Se concluirá)

VARIEDADES

EL TERROR DE LOS TEJADOS

Merece este nombre un individuo que acaba de llegar á Málaga, procedente de Cartagena, después de extinguir la tercera condena que se le impuso por el mismo delito.

Se trata de uno de los más famosos cazadores de gatos que han abierto los ojos á la luz en Andalucía, y al mismo tiempo de uno de los industriales más expertos en el arte antiquísimo de dar gato por liebre.

Este individuo no la practicá al pie de la letra, si vamos á puntualizar las cosas, porque da gato por conejo. Pero no se le puede negar el título de gran reformador y maestro consumado en engaños.

Otros disimulan con salsas y aderezos de cocina, ó, lo que es lo mismo, hacen el trueco en la cazuela: él vende los gatos poco menos que vivos y mayando, aunque vestidos de conejo,

El hombre ha perfilado su treta en tales términos, que adapta las pieles perfectamente y se la da al más ladino.

La última vez que le detuvieron en Málaga, porque la industria tiene esas quiebras, se armó un alboroto de cien mil demonios en el Guadalmedina, y á poco más lo gratifican las comedras.